

permanece en el pecado se inscribe en el libro de los réprobos.

Vamos ahora á contemplar los tormentos y aflicciones de Jesus en los tribunales y en el camino del Calvario.

No sé, hermanos míos, si tendré el valor y las fuerzas necesarias para pintaros el cuadro triste de los padecimientos del Salvador. El silencio que reinara en aquella mansion de Jesucristo se habia retirado para entregarse á la oracion fué interrumpido por los clamores y la rabia de los judíos, que atando las manos de este mansísimo Cordero á sus espaldas, apriados sus brazos con un cordel, poniéndole cruel argolla en su garganta, le conducen á la ciudad. ¡Inocente José, ya vas caminando entre los que te han comprado! ¡Fortísimo y divino Sanson, ya estás atado! De este modo rodeado de aquella turba infame que desea su muerte, es conducido á casa de Anás, que era suegro de Caifás, pontífice aquel año. En aquel lugar habíanse reunido los doctores de la ley, los escribas, los ancianos, para averiguar la doctrina de Cristo.

Anás sentado tiene á Jesus de pié ante él y le pregunta por su doctrina y por sus discípulos. ¿Qué es esto, señores, quién pregunta y á quién? Un átomo imperceptible de la tierra arrojado á la inmensidad del espacio al Hacedor de todas las cosas: pregunta la ignorancia á la eterna sabiduría, la nada al Omnipotente.

«Oh Anás, esclamaré aquí con un piadoso y sábio escritor: si conocieses el don de Dios y quién es ese á quien examinas, no estarias tú así sentado en tu sόlio con tanta hinchazon y fausto, sino te inclina-

»rias hasta el suelo, ante aquel á cuyo nombre se do-
»bla toda rodilla. Preguntábale cuál es su doctrina.
»¿De dónde la habia sacado? ¿de qué maestros la ha-
»bia aprendido no siendo mas que hijo de un artesano,
»pareciendo tan estraña y tan disonante la doctrina
»de Moisés y los profetas (1)?» En efecto, Anás se admiraba al contemplar que un hombre pobre y de una condicion tan humilde hubiese tenido discípulos y hubiese predicado públicamente. Por esto le preguntaba por su doctrina. Tan antiguo es, señores, el empeño de preguntar á los predicadores de la verdad por su doctrina. Preguntóselo Anás á Jesucristo, se lo preguntaban despues los tiranos á los santos confesores, hálo preguntado despues la impiedad en todos los siglos á los ministros del Evangelio: y conformes con la respuesta del Salvador, fué la de los confesores y ha sido y será siempre la de la Iglesia. «Yo públicamente he hablado al mundo: yo siempre enseñé en la sinagoga y en el templo en que todos los judíos concurren, y nada he hablado ocultamente. ¿Qué me preguntas? Pregunta á los que han oido lo que les he hablado, verás como estos saben lo que yo he dicho (2).» Ved aquí, hermanos míos, como decia, la contestacion de los ministros del Evangelio; cuando la calumnia ó la impiedad se conjuran contra ellos. ¿Qué me preguntais á mí? ¿Preguntad á esos pueblos que oyeron nuestras palabras; preguntad á esa civilizacion debida á la predicacion del Evangelio; pre-

(1) P. Stanihursto, en su obra, Dios inmortal padeciendo en carne mortal, cap. II, pár. II.

(2) Respondit ei Jesus: Ego palam locutus sum mundo: ego semper docui in synagoga, et in templo quo omnes judæi conveniunt: et in occulto locutus sum nihil. ¿Quid me interrogas? Interroga eos, qui audierunt, quid locutus sim ipsis: ecce hi sciunt que dixerim ego. Joan. cap. XVII, versiculos 20 y 21.

guntad á esos que por todas partes nos escucharon y sabreis de sus lábios que hemos enseñado á dar á Dios lo que es de Dios y al César aquello que le pertenece: que hemos enseñado la caridad, vínculo sin cuyos lazos no puede haber verdadera sociedad; que á todos tratamos de dirigirlos al bien, separándolos de los caminos de perdicion.

Padres de familia que me escuchais, la doctrina y solo la doctrina de Cristo es la que puede salvar al mundo: la sociedad se desmorona, las costumbres se han relajado; el respeto á las cosas mas santas se pierde; las ideas del funesto socialismo van arrastrando á innumerables al abismo de su perdicion. ¿Y la causa? ¿Y el origen de tantos males no lo conoceis? No es otro sino que poneis en manos de vuestros hijos lecturas que están en contraposicion de la doctrina enseñada por Jesucristo. Familiarizadlos desde pequeños en las lecturas piadosas, no permitiendo que lleguen á sus manos esas novelas obscenas que enseñan todos los vicios, esos libros impíos que aplauden la maldad y censuran las obras buenas, y vereis como son amantes del prójimo, humildes, dóciles, caritativos, y en suma buenos cristianos.

Ya habeis oido las humildes palabras de Jesucristo que dirige á Anás en contestacion, cuando éste le pregunta por su doctrina. Pues bien; no parece sino que habian salido de los labios impecables del divino Cordero las mas horribles blasfemias, puesto que uno de los que allí estaban.... ¡Cielos, estremeceos!... ¡Angeles de Dios, cubrios los rostros con vuestras alas!... Decia que uno de los ministros que estaban presentes, dió una bofetada á Jesus, diciéndole: ¿así respondes al pontífice? ¡Eterno Padre, por qué no envias un rayo

que convierta en cenizas al vil que ha puesto su sacrilega mano sobre el rostro santísimo de vuestro Divino Hijo! ¿No secastes la mano de Jeroboan, porque osó levantarla contra un profeta? (1) Pues qué ¿ese que ha sufrido injuria tamaña no es un Dios contigo y con el Espíritu Santo en unidad de esencia y trinidad de personas?... ¡Pero qué digo! Jesus habia tomado á su cargo el satisfacer por nuestros pecados, y tenia por lo tanto que sufrir cuanto sufrir debiera el pecador. Vedle lleno de humildad y mansedumbre contestar al sacrilego: si mal he hablado, muestra en qué; y si bien ¿por qué me hieres?

Nosotros, hermanos míos, herimos tambien á Jesus, toda vez que pecamos, y vedle dirigiéndonos la misma pregunta. ¿Por qué me hieres, cristiano; porque te he redimido con el precio infinito de mi sangre? ¿Porque te he dispensado beneficios continuos? ¿Porque te he provisto de los Sacramentos? ¡Ah mis hermanos, no seamos ingratos á los beneficios de la redencion, ni demos lugar con nuestra rebeldía á que Jesucristo que se sacrificó por nosotros, nos dirija tales y tan terribles reconvenciones!

No atreviéndose Anás á resolver por sí mismo cosa alguna, le envia á casa de Caifás, donde tuvieron lugar lamentables escenas. Allí se habian juntado muchos testigos falsos que todos deponian contra Cristo; pero no se convenian en sus declaraciones. Por último, entraron en aquel conciliábulo otros dos falsos testigos que dijeron: nosotros mismos le hemos oido decir que podia destruir el templo de Dios y reedificarle en tres dias. Entonces viéndo Caifás que nada

(1) III. Reg. cap. XIII, v. 4.

adelantaba con tan diversos testimonios, se dirige á Jesus diciendo: *¿nada respondes á lo que estos testifican contra tí?* Mas Jesus callaba y nada respondió: *Jesus autem tacebat*. El príncipe de los sacerdotes le dijo: *Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo el Hijo de Dios. Tú lo has dicho*, responde Jesucristo, *y aun os digo que vereis de aquí á poco al Hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo*. Admirad, hermanos míos, en la conducta de Jesucristo la eterna sabiduría. *Hay tiempo de callar y tiempo de hablar*, se habia dicho en las sagradas letras (1). Pues bien, deponen los testigos acusaciones falsas, *Jesus autem tacebat*. Le preguntan qué tiene que responder, *tacebat*. Sí, á tantas injurias calla el mansísimo Cordero. Empero es preguntado si es Hijo de Dios, y entonces habla: sí, porque no puede ocultar una verdad en la que vá envuelto el triunfo del mundo. *Tú los has dicho*, contesta entonces el Salvador: como si dijera *yo soy*. Pero ya que no me creéis cuando os declaro que yo soy el Cristo, por el estado humilde y despreciable en que me veis, esto no obstante, os digo ciertamente que sereis algun día convencidos de esta verdad, cuando sentado en el trono de mi gloria y sobre las nubes del cielo, vendré á juzgar á todo el mundo (2).

No bien Jesucristo hubo acabado de pronunciar aquellas palabras; no bien la verdad eterna habia proferido el mas verdadero oráculo, declarándose hijo de Dios, cuando el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras diciendo: *blasfemado há; ¿qué necesidad tenemos de testigos?* ¿Qué has hecho desventurado Cai-

(1) Eclesiást. cap. III, v. 7.

(2) P. Scio. Exposición al verso 64 del cap. XXVI de S. Mateo.

fás? ¿qué palabras han salido de tus impuros lábios? ¡Blasfemo contra Dios, el que es Hijo de Dios! Tú sí que eres el mayor blasfemo que ha habido desde la creación, ni habrá hasta el último de los días. Has oído el testimonio de la verdad, y cuando tú y todo el concilio debían haber caído postrados en tierra: cuando debíais salir anunciando por todas partes que ya estaba entre vosotros el Mesías verdadero anunciado por los Profetas; cuando debíais empezar en el momento á tributarle un culto de latría debido á su magestad y soberanía, clamais en alta voz que ha blasfemado y le declaras reo de muerte.

Así fué, señores, el concilio preguntado por Caifás sobre el castigo que merece el Nazareno, responde: *reo es de muerte*. En efecto, reo de muerte era Jesucristo, pero de un modo que no entendía el príncipe de los sacerdotes, ni conocía el concilio. Reo era de muerte porque voluntariamente habia tomado sobre sí las consecuencias funestas del pecado del hombre. Ya lo habia dicho Caifás sin saber ni comprender lo que decia, cuando el prodigio de la resurrección de Lázaro: *conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca* (1). Porque ¿qué hubiera sido de todos nosotros si Jesucristo no hubiera aceptado el ofrecer el sacrificio de rigurosa justicia? ¿Cómo hubiéramos vuelto á tener derecho á la herencia de la gloria? ¡Ah! Que seríamos siempre enemigos de Dios y esclavos del demonio.

No busqueis ya momento de descanso para el Salvador: desde el instante mismo en que fué sentenciado á muerte hasta que espiró en la cruz, todo fué

(1) *Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat*. Joan. cap. XI, v. 50.

un encadenamiento de tormentos y dolores á cual mas agudos. El concilio habíase retirado á descansar y á Jesus le habian bajado al átrio donde estaba rodeado de soldados y ministros. Allí estaba Pedro. Allí estaba aquel apóstol valeroso que habia sacado la espada y cortado la oreja á Malco: aquel que habia ofrecido morir por su Maestro, si necesario fuera. Llégate pues, apóstol privilegiado, llégate y dá algun consuelo á tu Maestro. ¡Pero qué digo! Pedro teme y se oculta de su vista. Él le habia seguido, pero á lo lejos y sin declararse su discípulo: no queria abandonarle pero tampoco darse á conocer. Empero una criada portera, pasó junto á él y le preguntó. ¿Acaso eres tú de los discípulos de ese preso? Terrible pregunta para Pedro en aquellos instantes en que el miedo se habia apoderado de su corazon. Turbado y lleno de confusion abrió sus lábios y dijo: *No soy su discípulo.* No bien hubo negado Pedro cuando cantó el gallo la primera vez. No habian pasado muchos momentos cuando fijando la vista en él otra criada le dijo: tú estabas con Jesus Nazareno; mas Pedro volvió á negar, jurando *que no le conocia.* Un criado que habia oido la negacion de Pedro exclamó pasada como un hora, ¿pues qué negarás que te ví yo en el huerto con el preso? Sin duda tú eres uno de sus discípulos, porque eres galileo y tu lengua te descubre. Pedro niega entonces de nuevo, con juramentos y aun con imprecaciones, diciendo que no le conocia, y en esto cantó el gallo la segunda vez. En aquel momento Jesucristo dirigió á Pedro una mirada que le traspasó el corazon, pues que le hizo recordar aquella profecía que le habia hecho cuando le dijo: Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres. Pedro entonces conoció su pecado, y sa-

liéndose de la casa lloró amarguísicamente: lloró inconsolable su desgracia. ¡Oh si nosotros desgraciados pecadores que tantas veces hemos imitado á Pedro en el pecado, le imitáramos en sus lágrimas y penitencia! ¡Cuán otra seria nuestra suerte!

Los soldados y ministros para hacer la noche mas divertida, y menos pesada, se entretenian en hacer pasar mas dolores y hacer sufrir mayores afrentas á Jesus de Nazareth: quién le escupia en su santísimo rostro, quién le daba de bofetadas cubriéndole los ojos y diciéndole, profetiza Cristo quién es el que te hirió. Nada respondia el Señor, por el contrario, sufría con la mayor resignacion y humildad porque estábanse en él cumpliendo las profecías. Irritados cada vez mas aquellos implacables verdugos al ver el silencio del Redentor, aumentaban las burlas y los malos tratamientos, redoblando los golpes y bofetadas, durando aquellas tristes escenas hasta el amanecer.

Llegó por fin la mañana del viernes, dia deseado por Jesucristo y por los judíos, pero con diverso objeto: deseábalo el Señor porque en aquel dia habia de concluir la obra de la redencion del hombre á quien tanto amaba: deseábalo los judíos por saciar su sed de sangre, por crucificar al que tantos beneficios les habia dispensado. Treinta y tres años hacia que suspiraba Jesus por aquel dia que era todo suyo, por aquel dia en que iba á verter su preciosa sangre para salvarnos; por aquel dia el mas grande que ha aparecido ni aparecerá mientras duren los siglos. Por la mañana, despues de haberse reunido de nuevo el concilio, presentaron ante él al Señor, y despues de casi las mismas preguntas de la noche anterior, condujéronle al tri-

bunal de Pilatos para que este confirmase la sentencia de muerte. No querian los judíos entrar en la casa de aquel juez por no contaminarse, porque era incircunciso, empero se reunieron en la gran plaza que habia delante del palacio: una gran multitud, en la que se veian los magistrados, ancianos, escribas, fariseos, doctores de la ley, todos acusando á la divina víctima. Asomándose Pilatos al balcon preguntó: ¿qué acusacion traian contra aquel hombre? Si no fuese malhechor, contestaron las turbas, no te lo traeriamos. Pues bien, dijo Pilatos, si es malhechor juzgadle vosotros. Eso no, contestaron, porque á nosotros no nos es lícito matar á nadie. Querian los judíos que Jesus muriese, pero querian que fuera sentenciado por el presidente romano. Pilatos, pues, llamó á Jesucristo y le hizo varias preguntas de la mayor importancia. ¿Tú eres rey de los judíos? Respondió Jesus: ¿dices eso de tí mismo ó te lo han dicho otros de mí? Respondió Pilato, ¿acaso soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han entregado á mí. ¿Qué has hecho, pues? Mi reino no es de este mundo, contestó Jesus.

Entonces Pilatos salió de nuevo al balcon diciendo: yo ninguna causa hallo en este hombre para sentenciarlo á muerte. Mas ellos daban nuevas voces diciendo: tiene alborotado al pueblo, y aun otras cosas peores. Empezó á enseñar máximas perniciosas en Galilea y despues vino aquí á Jerusalem á cometer el mismo crimen. Pilatos que oyó hablar de Galilea preguntó si el acusado era galileo, á lo que respondieron que era de Nazareth, ciudad de Galilea, pues que así lo creian puesto que allí se habia criado. Por entonces creyó Pilatos haber salido del apuro, pues conociendo que Jesus pertenecia á la jurisdiccion

de Herodes, y estando éste á la sazón en Jerusalem, determinó enviárselo atado y escoltado, y así lo hizo.

No deseaba otra cosa Herodes, pues que ansiaba conocerle por lo mucho que habia oido hablar de él y esperaba que hiciese algun milagro en su presencia. Vosotros deseareis saber quién era este Herodes y yo voy á satisfacer vuestra curiosidad. San Pedro Crisólogo hace la pintura de este modo, pintura que aunque parece convenir mas á su padre Herodes Ascalonita, conviene en su mayor parte al hijo. «Herodes es el que profanó el templo; quitó el sacerdocio; confundió el orden; contaminó el reino; corrompió cuanto habia de religion, de vida, de ley, de costumbres, de fé, de disciplina, arruinando y confundiéndolo todo. Herodes, asesino de los ciudadanos, ladron de los nobles, pirata de sus domésticos, esterminador del pueblo, matador de los hijos, homicida de los estraños, parricida de los propios.» A este, pues, es presentado el Hijo de María: hácele Herodes varias preguntas á las cuales nada contesta el Redentor: pídele que haga un milagro en su presencia y le librará de la muerte: todo en vano. Jesus no hace otra cosa que guardar un profundo silencio. Irritado entonces Herodes le despreció, le insultó y mandó que le vistiesen una túnica blanca que era la insignia que ponian á los locos, y de esta suerte se lo volvió á Pilatos. ¡Cuánta ignominia! ¡Cuánta afrenta! La sabiduría por esencia, el Hijo Eterno del Eterno Padre, el que tiene potestad en los cielos y en la tierra, vestido de loco! ¡Ah mi Dios! ¡Ah mi buen Jesus, á cuanto te pusiste por salvar al hombre!

Hombres vengativos y rencorosos los que no podeis